

Capítulo 19 – Ven a Pintar los Árboles con Vacío y sin Perdón

Unos días atrás...

La noche se había echado hacia poco. Había mucha luz nocturna, lo que permitía ver perfectamente el cielo estrellado desde la ventana de la habitación. Tanto Liliana como a Gabriel se habían quedado contemplando el infinito pero la mente de ella no podía dejar de pensar en él. Le gustaba pensar que él tampoco podía dejar de pensar en ella, ni siquiera en los momentos en los que era más conveniente no hacerlo, como todas las veces que tenía que salir al combate.

-Has cambiado -dijo él-. Te lo noto.

-¿Cambiado? -preguntó ella-. ¿Por qué?

-Sencillamente lo sé. Es tu forma de moverte, de mirar. Parece que siguieses llevando puesta la armadura.

-Podría ser. Últimamente tenemos que estar siempre alerta. Ahora que estás dentro, deberías saberlo tú también.

-Lo sé. No pretendo echarte ninguna culpa, es sólo eso, que has cambiado. Todos cambiamos, no es nada bueno o malo de por sí. Es sólo que a veces tiendo a obsesionarme con ello.

-¿Por qué?

-¿No te preocupa que dentro de unos años un amplio porcentaje de nuestras células hayan sido repuestas? ¿No te preocupa el hecho que la totalidad de nuestras células se recambie? Es la unidad básica de la vida, aquella en la que nos sustentamos, la que nos mantiene, y sin embargo podemos cambiarla en su totalidad, y en teoría seguimos siendo nosotros. ¿Crees que si le preguntases a una célula que ha visto como todas sus semejantes han sido repuestas si cree que el sistema del que forma parte es el mismo antes que ahora diría que sí? Nosotros podríamos ser esas células. Podríamos ser un mero engranaje, o algo mucho menor, de un ser superior a nosotros, algo que ni siquiera podríamos imaginar, y que sin embargo sería tanto o más real que nosotros.

-¿Por qué te preguntas esas cosas? -le preguntó ella mientras se acercaba a él-. ¿No crees que tenemos suficientes preguntas con los diablos a los que tenemos que enfrentarnos?

-Yo creo que esos diablos han surgido precisamente de la falta de respuestas a esas preguntas. Tú me dices que ves todas esas cosas, ¿No te preguntas qué tienen de real? Yo sólo me hago esa pregunta a una escala mucho mayor. ¿No es la vida de una célula una mera ilusión comparada con la vida humana? ¿No podrían a su vez nuestras vidas ser ilusiones, pequeñas partes de algo mucho mayor? Algo que quizá tú estás descubriendo ahora.

-No lo sé. No nos hacemos esas preguntas en Destino. No es esa nuestra misión.

-Pero esas preguntas os persiguen, la falta de respuestas os turba, hace vuestra ideología más endeble. La falta de pensamiento crítico la hace frágil y muy dependiente de la fe. ¿Tienes en fe en el Terrible?

-Ya me preguntaste eso el día que nos conocimos, aunque no con esas palabras.

-Y tu respuesta ha cambiado, ¿Verdad?

-Si te acercas a él, ves como tiene bien claro que es lo que tiene que hacer para derrotar a nuestras amenazas.

-Las cosas han cambiado mucho, ¿Verdad?

-Me hablas en segunda persona del plural, pero deberías empezar a hablar en primera. Ahora eres también parte de Destino, y creo que una bastante importante.

-El hecho de que tanto Marcos como Lucilda confíen en mí me ha abierto bastante la puerta del ascenso, pero eso no me importa, al menos no de momento.

-Y entonces, ¿Tienes alguna respuesta a todas esas preguntas?

-No.

-¿No tienes ningún credo? Creía que tenías uno.

-Es cierto, conozco la formulación de varios. Pero son irrelevantes si no son verdad. Mi credo es la verdad en su última forma, cualquier otro credo me es irrelevante, porque si tengo que abandonar la misma Verdad por él... Entonces, ¿De qué me serviría un credo falso?

-Ingeniería social. Es lo que usan ellos para atraer a nuevos seguidores.

-No, ellos van más allá. La ingeniería social es un recurso de oligarquías con caretas. Las oligarquías se enmascaran de Dios, de libertad, de seguridad, de igualdad... Siempre se disfrazan de algo que va más allá de lo humano. Estos creo que son distintos, creo que de verdad ostentan algún tipo de poder que va más allá de eso.

-¿De verdad crees que esa gente tiene algo de divino?

-Estás demasiado fuera de tu propia realidad como para darle perspectiva. Pero yo he visto cosas, muchas cosas. Cosas que hace dos siglos hubiesen sido calificadas de milagros, otras que hubiesen sido tildado de demoníacas. Tú misma eres una de ellas. No sabes nada del origen de tus visiones, ¿Verdad?

-No... Pero no quiero hablar de ello más, al menos no contigo, y no esta noche.

-Como quieras.

-Y dime algo, ¿Sabes como es él?

-¿Él?

-Sí, Juan. Si sabes como es él. Si sabes como se convirtió en el hombre que es hoy en día.⁷

-Nadie lo sabe. Siempre ha habido rumores en los círculos próximos a Destino sobre el origen de su sobrenombre, pero es estrictamente confidencial. Todos los registros se borraron, y todas las noticias y artículos que fueron escritos sobre ello también están perdidos. Sólo lo sabe la gente que tuvo contacto directo con ello, y o bien no viven en Zaragoza, o ya no viven. Ese recuerdo ha sido borrado de la memoria colectiva.

-¿Crees que es tan importante como para que sea objeto de estudio por parte de Naic?

-Puede ser. Juan el Terrible es muy importante para la seguridad no sólo de la península, sino para toda Europa. Lo deben tener bien estudiado. Creía que tú a lo mejor lo sabías, ahora que eres jefa de la Unidad 7.

-No, no lo sé. El Terrible es un hombre tan secretista con prácticamente todos los asuntos que trata que ya estoy acostumbrada a saber que me oculte información. Para mí es algo rutinario.

-No debería serlo. Es normal que viváis tan atormentados. No sabéis nada. Tenéis todas las preguntas en vuestra mente, y sois incapaces de conseguir una respuesta ni de aquellos que estás en vuestro mismo bando. No se trata sólo del MARIA, o del Firewall 666.66 o del pasado del Terrible. Vuestro trabajo a largo plazo es prácticamente una promesa de muerte, y no conocéis nada de la vida.

-Pero hay algo que sí que sé. Te quiero.

Él respondió con un beso.

20 años atrás...

Juan esperaba que la sala estuviese llena de probetas y de aparatos químicos. Por lo que sabía, el doctor Fausto no acostumbraba a tener mucho dinero ya que lo había gastado todo en sus viajes por el este de Europa, los cuales habían sido una gran experiencia científica según él mismo. Aquello que tenía delante no era en absoluto lo que esperaba. Estaba rodeado por cuatro paredes y estaba sentado en una silla usual, pero que se notaba de calidad. Delante de él tenía una mesa, y nada más. No había ventanas, sólo una lámpara fluorescente iluminaba la habitación desde el techo. Si no hubiese sido por el característico símbolo de delante de la puerta, ni siquiera hubiera deducido que este era el lugar al que tenía que ir. Juan tenía bastante claro que fuese quien fuese el que hombre que tenía delante, tenía un fuerte apoyo detrás.

Un hombre entro por la puerta, era de mediana de edad. Tirando para los cincuenta años, pero que ya había perdido el color en la mayoría de su pelo.

-Siento haberte hecho esperar -dijo el doctor Fausto-. Tenía mucha urgencia por acabar unos informes.

-Soy Juan del Temple. Recibí la petición del gobierno de atender a su petición hacia dos semanas, así que aquí estoy.

-¿Estabas legalmente obligado a decirlo?

-Así es.

-No te preocupes, esta sala está completamente aislada, nadie nos puede grabar ni tratar de acceder con ninguna red a todo lo que traigas aquí. Así que no tenemos por qué molestarnos en formalismos que nos hagan perder el tiempo. ¿Has leído la propuesta?

-Sí, la leí en cuanto la recibí.

-¿Qué te parece?

-Es arriesgado, muy arriesgado. Tenía pensado en mudarme pronto fuera de la ciudad. No creo que sea tan grave declarar la ciudad en estado de futura ruina. Zaragoza no es más que una de las muchas ciudades que han sufrido esa plaga. No es la más grande ni la más bonita, y sí que es la más peligrosa. Nadie se queda aquí si puede evitarlo.

-¿Así que tu primera respuesta es un no?

-Así es.

-Lamento oírlo. Pero si estás aquí es porque estoy dispuesto a presionar por ti.

-¿Por qué yo?

-¿Eso que veo en tu mano es un anillo de compromiso?

-Así es. Pronto contraeré matrimonio.

-Te felicito por ello.

-Entenderá por qué no puedo aceptar quedarme. Quiero que mis hijos puedan vivir sin miedo.

-Las regiones del mundo en las que un ser humano puede vivir sin miedo van disminuyendo cada año. Tus hijos no tendrán un buen sitio en el que vivir si cada año perdemos metros contra la fatalidad. La paz es la tranquilidad son dos dones que la humanidad habrá abandonado para siempre al final de esta generación si seguimos este camino. -el doctor hizo una pequeña pausa en la que parecía estar pensando algo, y retomó la palabra-. Los antiguos caballeros de la orden del Temple se llamaban así por la técnica que utilizaban para forjar sus espadas. Juan del Temple... Te apodan el monje guerrero, ¿Verdad? Por eso te elegido.

-¿Qué tiene eso que ver?

-Sí. Como monje guerrero, estoy seguro de que puedo darte algo a lo que agarrar tu fe, algo que te proteja como los ángeles más temibles y vele por ti como los santos más piadosos. Tengo tu fe, guerrero, detrás de la puerta que tengo detrás de mí. Y tengo el apoyo suficiente como para hacerla crecer.

-¿Qué clase de poder cree que tiene? ¿Qué clase de autoridad cree que ostenta para hablar con esos términos?

-Gloria al Alfa Profana -respondió el doctor esperando ver la cara que ponía Juan ante aquel mantra-. Lo has escuchado, ¿Verdad? Ellos dicen Alfa, siempre se refieren al principio, tratan de entender el origen, el 0, el comienzo de todo. He visto lo que ellos ven, he ido a su abismo, y he traído de vuelta algo en que concentrar toda nuestra fe.

-¿Por qué hace usted todo esto?

-Tengo una cuenta pendiente... Con una mujer y conmigo mismo. Eres mi mejor esperanza para encontrar alguien digno de abrir esa puerta. Y te diré algo, una vez que la abras, no habrá marcha atrás.

-¿Qué hay ahí? ¿Qué es esa arma?

-Yo la llamo MARIA. ¿Eso significa que estás dispuesto a aceptar mi petición?

Presente...

-¡Qué diablos ha ocurrido! -gritó Aurelio-. ¡Contactad con todos los agentes ya!

-No, es inútil -dijo Borja con una mueca de horror en su cara-. Han sido tres relámpagos, tres relámpagos cayendo en el mismo punto. Esto es el poder de la...
-Como vuelvas a nombrar a la Biblia Negra te prometo que te mando a Berlín -respondió Aurelio-. Ahora trata de retomar contacto con los agentes de intervención. Necesitamos estado ya.
-¿Tenemos algo? -preguntó el Terrible-.
-Nada -respondió el jefe de comunicaciones-. No tenemos la señal de ningún agente de intervención.
-¿Eva? ¿Arancel?
-Ninguno de ellos da señales de vida. Aunque la falta de señal no es concluyente, podríamos estar sufriendo interferencias a causa del rayo.

Una pitido comenzó a sonar con fuerza.

-Ese idiota... ¡Es Aquitán! Va en un coche, y se dirige a la zona del impacto -dijo Borja-.
-¡Detén a ese inútil! -dijo Aurelio-. Sólo va a conseguir matarse.
-No -dijo el Terrible-. Quiero hablar con él.
-Estoy dirigiéndome a la zona, os diré lo que vea en cuanto llegue -la voz de Gabriel sonó por los altavoces generales de la sala de control-.
-Gabriel, no te pago un salario tan alto como para tener coche, y sé que no has tenido capacidad de ahorrar para ello -dijo el Terrible-. ¿De dónde lo has sacado?
-Es de Eva. Me dio las llaves.
-¿Qué fue lo último que te dije cuando nos vimos?
-Que cuidara de ella.
-Pues haz honor a tu palabra.

Hace 18 años...

-1... 2... 3... -volvió a decir Juan-. 1... 2... 3...
-Hablas como si fueses un experto, pero te mueves aún peor que yo -respondió la mujer que bailaba agarrada a él-.

Juan había buscado un piso para su familia cerca de las instalaciones donde trabajaba. No era muy grande, pero tenía suficientes cámaras de seguridad cerca y de patrullas de policía como para sentirse seguro. Todo aquello había sido obra del doctor Sarel, que había movido y concienciado a una buena parte de la administración local para que colaborase en su causa. Habían pasado ya dos años desde que habían instalado ese dispositivo especial y aunque toda aquella seguridad no se había reducido, sabía que tarde o temprano lo haría. Pronto Destino sería capaz de proporcionar seguridad no sólo a sí mismo, sino a toda la ciudad, y sería capaz de revertir el sangriento pasado que habían testimoniado las calles de Zaragoza.

Pero en aquel momento sólo se concentraba en bailar. Nunca había aprendido hasta llegar a Destino, y apenas sabía coordinarse correctamente en unos pocos pasos, pero no por ello cejaba en su empeño. Había estado buscando un propósito de futuro, algo que le permitiese disfrutar de su vida, algo que le recordase por qué luchaba, y algo que le previniese de convertirse en el monstruo contra el que luchaba. Bailar era la respuesta a todas aquellas búsquedas.

-Bueno, yo... Yo voy a seguir -dijo él riendo-. 1... 2... 3...
-Quizá es verdad que estés aprendiendo. ¿No les parece raro esta afición tuya a los demás miembros de Destino?
-No lo saben. Es secreta.
-¿Secreta? ¿Te avergüenza mostrar tus dotes al mundo?
-No, no es por eso. Cuando estoy allí el ambiente es muy distinto; las cosas son en general muy

distintas fuera del trabajo que dentro. Prefiero que nadie sepa de esto para que nadie de allí me pueda preguntar sobre ello. Algunos hombres sueñan con conciliar trabajo y vida familiar, pero yo cuanto más las convierta en dos bloques independientes, mejor.

-Tú sabrás lo que haces. La verdad es que fue una gran idea quedarnos aquí, no podríamos ser mas felices. ¿Verdad, cielo?

Un sollozo comenzó a sonar en el pasillo. Era sin duda alguna el ruido de un bebé.

-Oh, debe ser la nena -dijo ella-. Será mejor que vaya.

-Tráela aquí y veremos qué quiere.

-No, vamos mejor a la habitación. Se siente más a gusto ahí, no sé por qué.

El bebé estaba en la habitación donde la pareja dormía. Era una habitación sencilla, sólo tenía una cómoda y un armario empotrado a la pared que quedaba enfrente de la cama, además de la cuna. No obstante las ventanas estaban hechas de un material especial que le daba a la luz un color mucho más resultón y que hacía que la habitación pareciese más bonita de lo que en realidad era.

16 años atrás...

-Recuerdo la primera vez que nos vimos -dijo Juan-. Nunca creí que llegaríamos tan lejos.

-Lo sé -respondió Sariel-. Pero lo hemos hecho, tú y toda la unidad Destino.

-MARIA nos ha guiado bien.

-MARIA no es más que el piloto automático, todas las decisiones importantes recaen siempre sobre el piloto real.

-¿Crees que nos quedan muchos más años de lucha?

-Los seres humanos estamos condenados a luchar desde el mismo momento en el que nos dimos cuenta de nuestro propio ser. Me conformaría no con dejar de luchar, sino con morir en una cama, rodeado de los míos.

-Esa es una ambición muy admirable en estos tiempos.

-Y gracias a nosotros, esa ambición esa ahora más que posible.

Los flashes no paraban de atacar como relámpagos las caras de todos los miembros de la unidad Destino en el patio principal del ayuntamiento. Había muchos más periodistas de los que había visto en toda su vida Juan. El alcalde, que estaba a su lado, parecía sonreír más que todos los que estaban a punto de ser condecorados, pero no era capaz de sentir la alegría que sentían ellos, la sensación de haber realizado lo correcto. Cinco personas habían sido capaces de provocar innumerables detenciones y de provocar duros golpes contra la cúpula del Nuevo Edén, no sólo a nivel local, sino en su jerarquía global.

Las fotos reflejaron las caras de todos ellos. Los periódicos dieron a conocer especialmente a Sariel Fausto y a Juan del Temple. Una era de paz parecía más próxima que nunca.

Presente...

-Tenemos un satélite militar a nuestra disposición -dijo Borja-.

-Enfoca al lugar del impacto y pon la señal en la imagen cuanto antes -respondió el Terrible-.

¿Seguimos sin recibir respuesta de los agentes?

-La unidad 6 está desconectada al completo, veo difícil poder recuperar su señal. De la unidad 7 tenemos a Eva, pero no responde.

-¿Estado de su armadura?

-Severamente dañada, puede que se haya roto algún hueso. Tiene partes de la armadura rotas, y la mochila no creo que funcione si la intenta activar.

-¿MARIA?

-No responde -respondió Aurelio-. El rayo ha debido de alterar nuestros sistemas, la red eléctrica está sufriendo apagones por toda la zona, apenas pueden mantener este edificio. No podrán darnos suministro para ella.

-Entiendo. Apaga el MARIA, es una orden.

-Estoy recibiendo la señal del satélite -dijo Borja-. El ejército nos dará prioridad durante la próxima hora y media.

-Diles que estén alerta. Podríamos necesitarlos.

El lugar había quedado completamente destrozado, no quedaba nada que se hubiese mantenido sobre sus cimientos. El suelo estaba lleno de escombros y apenas podía ver nada debido al polvo. Por fortuna no hacía mucho viento, con lo que pudo adentrarse sin demasiadas complicaciones. El hedor a sangre comenzó a llegar a su nariz, que se tuvo que tapar con un pañuelo que llevaba en el bolsillo. La cantidad de cadáveres o de personas moribundas debajo no sólo de los escombros que él mismo veía, sino de sus propios pies, era innumerable. No llevaba ningún arma, tampoco la iba a necesitar, no veía ni a ningún sectario ni a ningún miembro de seguridad previamente desplegado en la prisión. Tampoco veía a ningún agente de intervención de Destino. No veía a Eva por ninguna parte.

-Se están moviendo unas rocas a tu derecha, mira a ver ahí -dijo Aurelio por el móvil que Gabriel llevaba encendido y en la mano-.

-¿Es seguro?

-Nada es seguro en esta vida.

Gabriel miró a la derecha, había un pequeño movimiento, era cierto. Se desplazó hacia el lugar lo más rápido que pudo, pero era difícil moverse. Antes de llegar al lugar, un brazo salió de los escombros, y poco a poco el resto del cuerpo fue saliendo. Era Eva.

Hace 14 años...

Juan estaba durmiendo en su cama cuando le despertó una luz. No sabía muy bien decir que clase de luz había sido, ni siquiera de que color, pero le había despertado. Había ropa tirada por el cuarto, cómo si nadie hubiese pasado en una semana y todo olía a cerrado. En cuanto se levantó se dio cuenta de que algo no iba bien, le dolía muchísimo una pierna, pero no tenía ninguna herida externa. Tenía el estómago vacío, muy vacío, y la garganta extraordinariamente seca. Un olor a hierro le inundó la nariz. Se dio cuenta de lo débil que estaba, prácticamente tenía entumecidos todos sus músculos y no era capaz de moverse con fluidez ni siquiera para buscar comida. Y estaba sólo, no había nadie más a quien pudiese ver. Empezó a correr torpemente hacia delante, buscando a su esposa y a su hija, pero sólo encontró el origen del olor a hierro: sangre.

-Encontramos en su casa los restos de su mujer e hija -dijo el policía que estaba hablando en la comisaría con el doctor Sarel Fausto-. Nada agradable. Entraron sigilosamente, es posible que tuviesen una copia de la llave, pero aún no estamos seguros. Quizá la familia dejó la puerta abierta en algún momento por accidente y entonces entraron.

-¿Cómo murieron? -preguntó el doctor-.

-Violentamente. No quiera saber más. Y a él le esperaba un final mucho peor. Se iba a morir de hambre y de sed de forma lenta y dolorosa, y con todos sus músculos paralizados menos los pulmonares.

-¿Cómo es posible eso?

-Fue envenenado mientras dormía. Es un milagro que siga vivo, por fortuna los vecinos oyeron sus gritos cuando consiguió despertarse. Se recuperará pronto físicamente, pero las secuelas psicológicas son más que ciertas.

-Era la primera vez que tomaba vacaciones en todo este tiempo, ¿Sabes? Por eso no me di cuenta de que faltaba, porque no le estaba esperando.

Cuando el doctor Sariel Fausto volvió a la sala del MARIA encontró a un hombre, cubierto con una manta, mirando y repasando varias veces unos documentos que parecían ser los informes referidos a la actividad de MARIA en los últimos días. Aquel hombre era Juan, y parecía llevar por lo menos un día revisando todo aquello.

-¿Juan? Escucha, tenemos que hablar. Sé que es difícil, pero debemos hacerlo.

-No... Están, están todos. ¡Todos! Todo encaja.

-¿Juan? ¿Qué te ocurre?

-Seis de ellos. Seis de ellos aparecen repetidamente, mira sus horarios, mira su actividad.

Concuerta, concuerta perfectamente. No puedo fallar, no puedo fallar.

-¿Qué dices? Juan eso es prácticamente ilegible, aún no lo hemos podido analizar.

-Yo lo he hecho, lo he analizado todo. Es cómo si estuviese deseando que lo supiese. Los nombres aparecen una y otra vez, una y otra vez. Todo el rato y todo concuerta. Nada falla.

-¿Qué es lo que buscas ahí?

-Hay seis personas, seis personas. Seis personas entraron al unísono la semana pasada en mi casa, todo encaja, y están sus nombres. Sé sus nombres, su dirección... Lo sé todo. ¡Lo sé todo! ¡Tengo sus nombres! Debo marchar.

-¡Juan! ¡Juan!

Juan comenzó a correr hacia el ascensor. El doctor no tenía suficientes energías como para seguirlo, y tuvo que quedarse esperando mientras golpeaba el ascensor sin entender muy bien que era lo que sucedía. Aunque tardó poco en darse cuenta.

La puerta sonó de repente. Alguien estaba llamando al timbre. Como no pudo ser de otra forma, Abadón fue a abrir la puerta. Reconoció la cara de aquel hombre, no esperaba tener que encontrarse con él nunca más. Los disparos le impactaron en todo el cuerpo.

Abadón no estaba solo en casa, una mujer vino en cuanto oyó los ruidos. Juan era incapaz de decir la edad que poseía, y no era capaz de reconocer su cara.

-Dime tu nombre -dijo Juan del Temple apuntando a la mujer-.

-¡Baje el arma! ¡Baje el arma!

-Nadie va a venir en tu ayuda. Dime como te llamas.

-¡No dispare! ¡No dispare!

-Dime tu nombre.

-Me llamo Laila.

-Laila... Dime tu apellido.

-Laila Caraggio.

-Laila Caraggio... Tu nombre no está en la lista. Has tenido suerte.

Juan se fue y cerró la puerta. Sacó la lista otra vez, aún quedaban unos nombres. No tenía demasiado tiempo antes de que le localizaran, tenía que darse prisa.

-Juan del Temple ha sido puesto a disposición de las autoridades judiciales pertinentes. Se le tomará declaración y muy previsiblemente entrará en prisión preventiva -dijo el comisario jefe en la sala de prensa de la comisaría de policía-.

Toda la prensa había sido convocada en cuanto se había sabido de los asesinatos y la orden de busca y captura de Juan del Temple se había dado durante aquella misma noche. No sólo estaba la prensa,

también había muchas otras autoridades locales escuchando al comisario de policía mientras hablaba, e incluso algunos políticos extranjeros. La prensa ya había titulado aquella mañana:

“Juan el Terrible asesina seis miembros del Nuevo Edén en sus propias casas”

-Ese hombre es justo lo que podríamos necesitar en un futuro -susurró John Naic que estaba sentado en la última fila a una mujer que estaba justo a su lado-. Quiero seguir este caso de cerca. Europa no se puede expandir si tenemos que hacer frente tanto a los sectarios como al proceso de desertización, y este hombre podría ser una solución al primer problema.

-¿Tienes algún plan?

-Por ahora, cerciorarte de que este asunto no le corte las alas. Los miembros de Destino tienen autoridad para matar si lo creen necesario, así que judicialmente podría escaparse. Además, con su familia asesinada, este hombre puede ser el mártir sanguinario que utilizar en caso de emergencia.

-¿No tienes miedo de que nadie piense igual que tú? El programa Destino ha tenido unos resultados espectaculares, no has podido ser el único en fijarte en él.

-¿No? ¿Y quién más podría haberlo hecho?

Él estaba sentado en su celda, apenas recordaba nada de lo que había pasado en las últimas 48 horas, pero por dentro tenía la sensación de haber hecho exactamente lo que deseaba. No lloraba, no reía, su alma se había endurecido. Juan el Terrible, así había oído que le habían llamado. No estaba seguro, pero aquel no le parecía un mal nombre.

Presente...

Gabriel estaba removiendo con todas sus fuerzas los escombros más pesados que bloqueaban a Eva. Poco a poco fue saliendo, estaba sangrando de una pierna, pero parecía estar bien. No fue la única en salir, Doncella pudo salir a respirar también con su armadura destrozada. No estaba muy lejos de los otros dos, pero a Eva le estaba costando salir. Fue Gabriel el que tuvo que quitar como pudo un trozo de pared para dejarle hueco para salir completamente.

Estaba pálida, apenas podía abrir los ojos, pero estaba viva, y no parecía tener heridas de especial gravedad.

-Gabriel... -dijo ella en un hilo de voz- Gabriel... He visto...

-¿Has visto algo? Ahora descansa, cuéntamelo después.

-He visto algo, he visto lo que ellos llaman...

-Descansa, todo va a ir bien. Te quiero, Eva. ¿Me oyes?

-Te oigo. Te quiero Gabriel. Tengo otra vez esa sensación...

-¿Qué sensación?

-Es muy extraño. He vuelto a ver... He visto algo, un lugar, eso que sus Serafines llaman el Sheol.

pnecorreo@gmail.com

profetasnuevoeden.wordpress.com